

Del vivir toledano.

Sería interesantísimo para un sutil poeta y psicólogo el estudio del espíritu toledano. ¡Qué original belleza descubriría en donde la plebe espiritual sólo encuentra la carroña de la apatía y del egoísmo!

Parece que la pátina del tiempo, que tan señorialmente ha ennoblecido los vetustos sillares de nuestros monumentos, también ha llevado a las almas el misterio del pasado remotísimo, aromándolas con un arcaísmo original y profundo. El in-



Una calle de Toledo.

dividualismo rebelde y viril que a veces se refleja en nuestros actos, lleva en su médula una noble sencillez patriarcal.

Hasta la ambición tiene una fisonomía de áspera y primitiva simplicidad en estas almas, troqueladas en la castellana austeridad..... Volved vuestros ojos al mundo interior, y os convencereis. Ambicionamos independencia, y nada más que independencia, como si en derredor de este sentimiento se moviesen todas nuestras ansias..... ¿Acaso no constituyen un testimonio irrecusable esos modestos rentistas que pasean, indiferentes y altivos, su mediano vivir?

¿Los anteriores rasgos fisonómicos del alma

toledana, son coeficientes de tal valor que a ellos debemos subordinar el concepto de la vida moderna? De ninguna manera. Suspiramos por una independencia cuyo índice es la expresión de una congénita rebeldía a todo lo que significa conexión societaria, colectivismo, espíritu de asociación..... Es el individualismo primitivo y rural de los hidalgos castellanos, que sabían morir de hambre con el lebril a sus pies, con frío y altivo estoicismo, que rechazaba toda actuación personal ajena al ocio en que se deslizó su vida entera.

Privados del ansia industrial y fabril, que tantas y tan generosas iniciativas despertó en la sociedad actual; nacidos en el vetusto solar que fué sepulcro de varias civilizaciones, se formó nuestro espíritu en el quietismo y en la contemplación, y, fatalmente, fuimos trocándonos en faquires que, en las claras tardes invernales, aprendieron a seguir las huellas de los canes amantes del sol.....

Cierto que no somos responsables de haber llegado al siglo XX siguiendo la inspiración de algunas generaciones que, en su decadencia, fueron dejándose a girones la ruda actividad heredada en las zarzas de un camino torpemente elegido. Porque lo incuestionable es que se equivocaron al trocar los cimientos de una ciudad fabril, a orillas del Tajo, por los de una hostería, más o menos ilustre, pero hostería al fin. Y de una gloriosa tradición de fabricantes de espadas, de sedas, de plata afiligranada, prescindieron con inexcusable torpeza, no escuchando el ronco pregón del río, para convertirnos en hosteleros irredimibles, porque probado el pan de una disimulada holganza, los mastines se hicieron gozques, y la áspera altivez de los viejos forjadores se fué trocando, con fatal e irremediable lentitud, en almibarada flexibilidad patronil.....

La generación actual, interpretando mejor el inquietante y enigmático pregón del río, tal vez piensa en que es indispensable una rectificación. En nuestro medio ambiente, enervador como el atardecer primaveral de un jardín florido, parece sentirse, a veces, la nostalgia del vivir de los famosos forjadores, que templaban su espíritu al mismo tiempo que el hierro con que hacían sus espadas.....

Y entonces la imaginación crea una inquieta ciudad fabril alrededor de la ilustre casona que simboliza la tradicional hostería.....

F. JIMÉNEZ ROJAS.

Fotografía de Narciso CLAVERIA.